

COMENTARIOS

LA COLECCION PIZANO

Marta Fajardo de Rueda

El Museo de Arte de la Universidad Nacional conserva la Colección Pizano, que es un gran conjunto de reproducciones de obras maestras de la escultura universal y de grabados europeos, algunos de ellos tomados de las planchas originales de sus autores.

Esta colección, la primera y tal vez la única traída al país con criterio museológico, es uno de los frutos del interés del maestro colombiano Roberto Pizano Restrepo (1896-1930), por orientar y dirigir en el país una verdadera política cultural.

La Colección comprende obras que vienen desde el antiguo Egipto hasta las del más importante escultor del siglo XIX, fallecido en 1917, Augusto Rodin.

Escogida con una clara intención didáctica, está conformada en la actualidad por más de 160 obras. Infortunadamente algunas se encuentran parcialmente destruidas y otras en muy mal estado de conservación. Proceden en su mayoría del Museo del Louvre y en menor número del British Museum y de otros museos europeos. Lo más importante de destacar en ellas es que conforman un conjunto excelente para que el observador y el estudioso puedan formarse una idea clara sobre el desarrollo de la escultura en el arte occidental.

A fin de dar continuidad a esta intención didáctica con que fue seleccionada la Colección, el catálogo con que se acompañará de ahora en adelante ha sido elaborado gracias a la esmerada y paciente labor de la profesora Angela Mejía de López, no sólo como un registro de todas y cada una de las obras, sino complementándolas hasta donde ha sido posible con información sobre distintos aspectos artísticos, estéticos e históricos.

Como se aprecia en el contenido del mismo, la colección permite ilustrar el arte Antiguo del Cercano Oriente, el Griego y el Helenístico, el arte Ibérico y el Medieval con notorio acento en el Gótico Francés. Muestra además el Gótico Internacional, el alemán y el italiano. Los ejemplos sobre el Renacimiento son muy notables: Miguel Ángel, Lucca Della Robbia, Verrochio, Ghiberti. Pero

donde la colección demuestra un gran sentido de modernidad es al ilustrar la muestra con obras de Carpeaux y de Rodin. De este último artista, Pizano trajo además una obra en bronce, "El hombre de la nariz rota", que en la actualidad hace parte de la colección del Museo Nacional de Colombia.

La formación de los artistas colombianos a comienzo de siglo era bastante difícil. Así lo había expresado Epifanio Garay en cuidadoso informe sobre la Escuela de Bellas Artes a fines del siglo XIX. Pasada la Guerra de los Mil Días, tiempo en que permaneció cerrada la Escuela, fue nombrado director el maestro Andrés de Santamaría quien hizo un gran esfuerzo por modernizarla, pero finalmente no encontró el apoyo necesario. A raíz de la Exposición del Centenario en 1910, se despertó un cierto entusiasmo por la Escuela y se le dió sede transitoria en el Pabellón construido para la Exposición de Bellas Artes en el Parque de la Independencia, lugar totalmente inadecuado e insuficiente para establecerla allí.

Ante la indiferencia oficial los maestros directores insistían en la necesidad de obtener una sede más apropiada. Afortunadamente años más tarde la dirección quedó en manos del maestro Francisco Antonio Cano quien tenía ideas muy claras sobre la organización de la Escuela. Al efecto, escribió a Roberto Pizano, que se encontraba en Europa, pidiéndole su colaboración para la adquisición de elementos didácticos. El maestro Pizano, conocedor de estos problemas y quien compartía la misma preocupación, enriqueció la idea de Cano concibiendo la Escuela como un Centro Cultural que orientara las Artes en el país.

En aquellos años un viaje a Europa era muy difícil para los artistas. No había becas establecidas por el gobierno y sólo en aisladas ocasiones podían conseguir algún apoyo. Si lograban viajar lo hacían en precarias condiciones y por poco tiempo. Tal fue el caso de Pantaleón Mendoza, Epifanio Garay, Acevedo Bernal y de otros pocos. El trabajo artístico en Colombia aún no gozaba de ma-

yor aprecio. No era fácil además que el público conociera las obras, pues no se acostumbraba a exponerlas, salvo en la clausura de los cursos de la Escuela, la cual funcionaba en un lugar muy reducido tal como lo informaba el maestro Cano en 1926. En dicho informe se dice que incluso no era posible siquiera completar los nombramientos de los profesores por falta de espacio físico para dictar las clases.

Las pocas exposiciones que se realizaban eran similares a las del siglo XIX; en efecto, su carácter era más bien conmemorativo que artístico. El maestro Pizano al brindar un efectivo apoyo a los artistas, al demostrar cómo reunir y exhibir las obras e inclusive al traer exposiciones del exterior como también al llevar obras de maestros colombianos a las salas europeas, propicia un cambio en la situación.

Como continuador de la obra de Alberto Urdaneta (1845-1887), fundador y primer director de la Escuela Nacional de Bellas Artes, y apoyado por su inmediato predecesor el maestro Francisco Antonio Cano, Pizano concibió un gran proyecto orientado hacia la construcción de un Palacio de Bellas Artes en el que debían reunirse las Escuelas de Pintura, Escultura, Grabado, con las de Música y Arquitectura y tener allí además un salón de Conciertos y un Museo de Bellas Artes en donde, según sus propias palabras "se conserven las obras originales de todos los artistas colombianos antiguos y modernos y luego de reunidas éstas, de artistas extranjeros". Asimismo manifestaba al gobierno el deseo de conformar un gran Museo de Reproducciones con las obras más importantes de la Escultura Universal. Todo esto destinado no sólo a la formación de los artistas, al estímulo del talento, sino también a lograr la elevación del nivel cultural de todos los colombianos.

Adelantándose a la gestión oficial, consiguió interesar a las colonias colombianas de París y de Londres y con su propio dinero, más la valiosa colaboración de los señores José Medina y Roberto Pinto Valderrama, trajo al país en 1926 la Co-

lección de Escultura que es hoy objeto del catálogo preparado por la profesora Mejía de López.

Con admirable constancia consiguió en el curso de los años siguientes, estimulado por el maestro Cano desde la Escuela de Bellas Artes y por el gobierno del doctor Abadía Méndez, el apoyo oficial para adquirir en Europa muchos más elementos para la Escuela, ayuda que se cristalizó con la expedición y el cumplimiento del Decreto No. 899 de mayo de 1927.

El maestro Pizano había nacido en Bogotá en 1896. Inició su formación artística con los maestros Ricardo Acevedo Bernal, Roberto Páramo y Coriolano Leudo. Muy joven viajó a estudiar Pintura en las Academias de Madrid y de París. Permaneció siempre atento a los movimientos modernos y demostró constantemente su preocupación por los artistas colombianos tanto por los que se encontraban en Europa, como por los que permanecían en el país.

Sus crónicas en periódicos y revistas reflejaban su entusiasmo y confianza en los artistas colombianos y su permanente interés por la educación de los más jóvenes.

Interesado por la historia y por el estudio de los orígenes del arte nacional, emprendió en 1926 un cuidadoso estudio sobre la vida y la obra del maestro colonial Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos. Junto con la biografía, dejó el catálogo de la monumental obra de Vásquez, de gran utilidad hasta el presente.

Artista de múltiples inquietudes, Pizano repartió su tiempo entre esta labor cultural de difusión y estímulo hacia sus colegas con la de pintor, dibujante, ilustrador e investigador. Gracias a su interés

por hacer conocer el arte colombiano en el exterior, aseguró la participación efectiva de casi todos nuestros artistas en la Exposición Iberoamericana de Sevilla celebrada en 1930. Dos años antes había logrado traer a Colombia, con el apoyo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, la "Exposición de Arte Francés", oportunidad excepcional para los artistas y el público en general de ver por primera vez muchos cuadros de Corot, Carrière, Puvis de Chavannes, Degas, Fantin Latour y Gericault entre otros.

La trascendencia de la labor del maestro Pizano es tan grande que aún se proyecta en el presente. Su interés por la cultura no se limitó al enriquecimiento personal de su espíritu sino que con gran generosidad puso al servicio de sus compatriotas sus conocimientos tanto de artista como de maestro. En el estudio sobre Vásquez y en la elaboración del catálogo de sus obras, como en la de otros artistas coloniales demostró su gran interés por infundir en el público colombiano el respeto y el aprecio por los valores del pasado, recabando en la necesidad de conservar el patrimonio cultural y de reconocer la existencia de una tradición pictórica importante.

La adquisición de las reproducciones de Escultura para la Escuela de Bellas Artes, así como la realización de la Exposición Francesa y su empeño por establecer convenios culturales con España y Francia, manifiestan una firme voluntad por educar y actualizar al público colombiano en materia artística.

Pero quizás el aspecto más destacado de la labor del maestro Pizano por su trascendencia y por haber sido una constante durante toda su vida, fue el generoso y desinteresado apoyo que brindó a los artistas.

Notoriamente impresionado con la obra del escultor antioqueño Marco Tobón Mejía, quien desde 1910 vivía y trabajaba en París, Pizano sugirió en repetidas ocasiones al gobierno nacional que adquiriera su obra titulada "El Silencio", premiada en el Salón de París de 1926 con destino al Parque del Centenario en reemplazo de la Rebeca que aún ocupa ese lugar. Del maestro Roberto Páramo Tirado, dejó un excelente retrato al óleo, que conserva en la actualidad el Museo Nacional, y debido a la profunda admiración que le rendía en uno de sus viajes a Europa, llevó una obra de Páramo titulada "Interior del Templo de Santo Domingo", para exponerla en la Sala Leonardo Da Vinci de Milán. Admirador profundo de la obra de González Camargo, aunque por esta época ya el artista no producía más, en crónicas y artículos lo menciona frecuente y elogiosamente como también a Garay, a Santamaría, a Pedro Quijano, a Eugenio Peña y al joven Rómulo Rozo.

La más bella muestra de la exquisita sensibilidad de Pizano quedó registrada en el siguiente aparte de una crónica de don Tomás Rueda Vargas. "Cuando este grande y delicado artista se preparaba para morir en su aposento de Servitá, se complacía y se consolaba viendo por la ventana abierta la llanura que se extiende al occidente. Parte por las sombras del poniente, parte también porque los velos de la muerte iban nublandole la vista, sintió el pintor, ante todo poeta, la necesidad de seguir acompañándose hasta el fin por la visión de la sabana que se alejaba de sus ojos, y ordenó, como el mejor medio de cumplir su deseo, que le pusieran más cerca un paisaje de Eugenio Peña que guardaba con esmero en su colección."